

Juan Carlos Méndez Guédez

Una tarde con campanas

ALIANZA EDITORIAL



El V Premio de Novela Fernando Quiñones
está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Una tarde con campanas resultó finalista del V Premio
de Novela Fernando Quiñones.
El jurado estuvo formado por Nadia Consolani, Eduardo Jordá,
Hipólito G. Navarro, Camilo José Cela Conde y Valeria Ciompi.

Primera edición: 2004
Segunda edición: 2018

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com
Imagen: © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemniza-
ciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren
o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o cientí-
fica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Carlos Méndez Guédez, 2004
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-963-0
Depósito legal: M. 31.455-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Raquel Méndez Roperti,
cielo y sol, estrella y
hoja, árbol y lluvia, todo todo,
para que si ella lo desea algún día,
pueda decir Venezuela y Venesuela.*

*A Cori, Tere, Tara y Saulo,
para que el frío de Tacoronte
nos hable en guanche.*

*A Giovanni González,
en la amistad y en la ciudad
primera con sus cielos de rioja.*

*Para María Elena, Agustín y Adrián,
fiesta y Madrid en el nuevo milenio.*

¡Oh pies míos! ¿Dónde vais
sin mí por tierras ajenas
tan extrañas?

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

Por iso, cando de nenos nos preguntaban
qué queríamos ser de maiores, os ollos ían
fuxidos do cárcere ao camposanto. Por
fin, atopaban a salvación no faro. E unha
voz interiore berraba: ¡Emigrante!

MANUEL RIVAS

Siempre hay un niño que envejece en
Madrid.

JOAQUÍN SABINA

Buscando visa la razón de ser, buscando
visa para no volver.

JUAN LUIS GUERRA

Soy la única que los entiende. Cuatro ár-
boles flacos de flacos cuellos y codos pun-
tiagudos como los míos... Su fuerza es se-
creta. Lanzan feroces raíces bajo la tierra.
Crecen hacia arriba y hacia abajo y se
apoderan de la tierra entre los dedos pelu-
dos de sus pies...

SANDRA CISNEROS

En la esquina vive un muerto. Usa camisas verdes, zapatillas de deporte y cuando recién llegamos al barrio nos pedía dinero. Como nunca le hacíamos caso comenzaba a insultarnos y gritaba viva España cago en dios viva francu. Ahora cuando nos ve sólo grita. Ya sabe que nunca le vamos a regalar ni una moneda.

El muerto se murió hace unas semanas. Yo caminaba con Marianita Cunqueiro, mi vecina, que había ido a comprar unos folios. No sé muy bien de qué hablábamos porque cuando ella habla rápido me cuesta entender. Así que veníamos distraídos y yo tropecé con algo. En el suelo estaba tirado ese hombre. Llevaba en la mano unas bolsas, tenía la boca abierta y aunque el sol pegaba muy duro, no se movía. Comenzamos a llamarlo, a tocarle el hombro, pero nada.

Mi amiga me agarró por el brazo y corrimos hasta llegar al bar. Nadie supo lo que gritábamos. El señor Cunqueiro nos compró un refresco porque mi amiga hablaba rapidísimo y lloraba. Entonces escuchamos el ruido de una ambulancia.

Somaira bajó asustada del apartamento. Me llevó para darme leche tibia con azúcar pues la sirena de la ambulancia sonaba cada vez más duro, más duro, y tuve que encerrarme en el baño a matar hormigas porque sentía como una piedra dentro de la cabeza.

Pero ayer veníamos caminando Augusto y yo. Me estaba comiendo un helado y cuando crucé hacia mi calle, vi que de la tienda venía saliendo el muerto con una bolsa llena de cervezas. Primero se nos quedó mirando, luego se acercó con la mano extendida para pedirnos unas pelás, pero al saber quiénes éramos, el muerto empezó a gritar hijoputas vivaespaña hijoputas vivaespaña.

Augusto tuvo que correr mucho para alcanzarme.

El vecino del primero tiene mucha suerte. Así dice mi mamá, así dice Somaira.

El vecino del primero estuvo a punto de morir hace poco tiempo. Regresaba en el metro y un señor comenzó a golpear a una muchacha. Nadie hacía nada. La muchacha gritaba, intentaba escaparse, así que el vecino del primero trató de calmar al hombre. Luego comenzaron a discutir, a darse empujones. Cuando se acercaba el tren, al vecino lo empujaron en medio de las vías.

El vecino del primero perdió un pie. La cara también le quedó extraña. Como hacia un lado, como con un ojo más pequeño, una ceja más pequeña, un cachete más pequeño. Como no tenía nadie que se ocupara de él, los Cunqueiro y mi familia fueron a verlo al hospital. Luego lo ayudaron a venirse a casa pues temían que la policía lo encontrara y lo botaran para su país.

Somaira y mi madre se llevaban las manos a la boca cada vez que venían de llevarle algo de comer a su apartamento. Se ponían nerviosas, les daban unos temblores terribles. Yo me ofrecí a hacerlo por ellas. Cada tarde bajaba con un plato cubierto por una servilleta. Luego entraba al apartamento del señor y le dejaba la comida sobre la mesa. Él me daba las gra-

cias, trataba de levantarse y arrastrando la pierna lo-graba llegar hasta la silla.

El vecino del primero sudaba mucho. Su aparta-mento olía a encerrado, olía igual que los zapatos de papá cuando regresa de trabajar.

Una tarde me preguntó si yo cantaba, me dijo que se aburría porque había tenido que vender el televi-sor. Traté de hacerlo, pero la voz me salía horrible, así que comencé a silbar. Estuve un rato silbando, un buen rato.

El vecino del primero no volvió a hablar y ni si-quiera se despidió cuando yo recogí los platos y los cubiertos de mi mamá.

A mí me dio lástima, porque si mirabas por un lado al vecino, no notabas nada raro, pero si lo mirabas por el otro le veías la piel oscura, como un poco quemada. El vecino del primero tenía dos caras todo el tiempo, y no sabías cuál de ellas te estaba hablando.

El día que llegó la policía a buscarlo nos pegamos un susto y nos encerramos en los apartamentos sin hablar para que pareciera que allí no había nadie. Después se escucharon los pasos del vecino en la escalera. Unos pasos muy lentos, brincando con el único pie que le quedaba, y a mí me dio la risa que me da cuando estoy asustado, y Somaira tuvo que taparme la boca.

Pero al día siguiente el vecino apareció en la televi-sión con sus dos caras, saltando en un solo pie para darle la mano al alcalde y recibir su permiso de traba-jo y una medalla porque él era un héroe. Después die-ron discursos, tomaron fotos. El vecino sonreía con la mitad de la boca.

Por eso mi mamá y Somaira dicen que el vecino del primero tiene mucha suerte. Y mi papá dijo que

ojalá le hubiese pasado a él ese tren por encima, y mi hermano Augusto se rió y dijo lo mismo.

Luego peleamos. El vecino no le devolvió a mamá unos platos. O dejó de saludarnos. O fuimos nosotros quienes no lo saludamos más. Y ahora no nos gusta ese señor y ya no es amigo nuestro. Pero siempre lo escuchamos subiendo la escalera poco a poco, brincando, con ese zapato nuevecito que ahora usa. Y lo oigo silbar. Unos silbidos muy grandes, afinaditos. Oigo silbar al vecino del primero. Feliz.

En Madrid cuando hace calor, hace calor calor calor.

Cuando hace frío, hace frío frío frío.

El calor de Madrid nos pone tontos. Nos sentamos en la sala junto a un ventilador enano que compró papá. Y cuando viene el novio de Somaira ella agarra el ventilador y lo lleva al balcón para que el señor ese no critique lo caliente que está nuestra casa.

Por eso nos ponemos bobos. Y yo me pongo malo. Me pongo rabioso. Me da mucha arrechera. Y al ver a mi hermanita Agustina que empieza a caminar no puedo aguantarme las ganas y le meto el pie para ver cómo se cae, cómo le suena la cabeza cuando se pega en el piso, o en la mesa, o contra la pared.

Lo que pasa es que ayer mamá me descubrió cuando le hice la zancadilla a Agustina. Y me pegó como cien correazos en las piernas hasta que Somaira se metió en medio y me llevó al balcón. Luego mi hermana me pellizcó, me dijo que no fuese malo.

Lloré un rato.

Debe ser el calor. En la otra ciudad yo era bueno. Yo no hacía esas cosas.

En mi país yo tenía un amigo llamado Manuel.

Manuel era más bien amigo de mi hermano. Tenían la misma edad y chiquitos jugaban juntos. Además cuando los Serrano quisieron matarnos, Manuel nos salvó. Pero Manuel había dejado los estudios apenas al empezar y Augusto no conversaba con él. Decía que se fastidiaba, que Manuel sólo hablaba de putas, o de béisbol, o de las cosas raras que se encontraba en la basura de la gente.

Lo que ocurre es eso. Manuel trabajaba recogiendo basura, y una tarde llegó cansado y se compró una pepsi-cola en la bodega. Alguien le dijo que revisara en la etiqueta porque desde hace meses estaban rifando un carro. Entonces Manuel pensó que era un chiste, les pidió a todos que no se burlaran de él, y después de un rato empezó a dar gritos, a brincar.

A los días apareció con el carro. Un carro verde, brillante como una manzana.

Todos paseamos. Dimos vueltas, corrimos por las calles de la zona industrial y hasta nos atrevimos a pasear por la avenida porque Manuel ya sentía que manejaba mejor.

Pero una noche Manuel se emborrachó y quiso ir solito hasta el centro. Se estrelló contra un aviso. El carro quedó arrugado, igual que una pasa.

Entre varios muchachos lograron traerlo empujado porque mi amigo no tenía para pagar una grúa.

El carro quedó en el estacionamiento de su casa. Llevó sol, lluvia, se llenó de tierra. Luego le salieron unas manchas rojas que olían feo. Pero Manuel todas las madrugadas seguía asomándose en la ventana a vigilar su carro para que nadie se lo robara.

Luego dejó de decir que lo iba a mandar al taller. Pero siguió asomándose cada noche para verlo. Lo miraba un buen rato, callado, y después cerraba la ventana poco a poco.

Es raro, pero pienso en el carro verde y en mi amigo Manuel y algunas veces quisiera estar allá para reírme de mi amigo, cada madrugada contemplando su carro que ya no parece una manzana brillante, sino una pasa, una pasa arrugada que huele a óxido.

Desde anoche mamá no deja de llorar.

Nosotros le preguntamos qué pasa, le pedimos que nos diga si le duele algo, pero ella sólo nos mira y luego cierra la puerta del cuarto.

Igual la escucho. Se queja un poco, empieza a toser, luego se queja otro poquito, luego tose.

Mi hermano Augusto no dice nada. Lo veo fumar mucho, después suspira, enciende otro cigarrillo que fuma hasta quemarse los dedos y entonces se asoma al balcón.

Desde que el vecino del primero casi se muere, desde que Agustina tuvo la lechina acá no se veía tanto movimiento, tanta quejadera, tantos ojos rojos. Nadie sabe lo que ocurre. Por eso miramos la televisión y nos quedamos muy quietos, como esperando algo.

Pero es todo tan extraño. Mi hermana Somaira lo único que hace es subir el volumen para que no se oigan los quejidos de mamá. Y el edificio está muy solo, y yo trato de conversar con alguien, pero todos me piden en susurros que me calle, que hable bajito, muy bajito.

Me encierro en el baño. Comienzo a matar las hormigas que se esconden cerca de la ducha pues espero que alguien toque la puerta y me grite que salga. Sólo que llevo aplastadas ocho hormigas y nada ocurre.

Luego voy a la sala, miro cómo mi hermano Augusto se marcha dando un portazo. Cuando lo veo perderse entre los coches de la calle, me asusto porque hoy en la tele pasan el fútbol y que mi hermano se pierda el fútbol quiere decir que algo malo está pasando.

Y yo entro de nuevo al baño a matar hormigas, a aplastarlas, para que no quede ninguna, para que So-maira grite mañana cuando entre en la bañera y vea todo lleno de puntos negros.

Pero mi mamá llora mucho encerrada en el cuarto.

Ella es blanca y tiene un lunar cerca de la boca.

Se llama Pilar y vive en el bajo. Sus padres estuvieron en mi país. A veces nos pregunta cosas, o se ríe recordando palabras, o lugares que ellos le han nombrado.

Mi hermano y ella son muy juguetones.

Augusto siempre la acorrala en la escalera y me pide que yo vigile la puerta. Entonces yo duro un rato sin quitar la vista de la calle, pero luego me asusto al escuchar que respiran tan fuerte, que maúllan, que ella comienza a blanquear los ojos. Así hasta que Pilar pega un grito y comienza a resoplar sobre el hombro de mi hermano.

Entonces ella se vuelve normal otra vez. Me mira con el rostro colorado, pero yo siento que las piernas me tiemblan. También quiero tocarla. Entonces mi hermano se despide, me pasa el brazo tras la espalda, me lleva a comer dulces.

Y yo no la olvido. Yo no la olvido cuando comienza a blanquear los ojos, cuando comienza a blanquear los ojos.

A Somaira le gusta llenar crucigramas. Desde siempre la recuerdo con un bolígrafo llenando crucigramas. Pasa mucho rato y aprieta los ojos como intentando descubrir las palabras que le faltan.

Los crucigramas de mi hermana terminan medio vacíos, porque ella se aburre y en vez de las palabras comienza a hacer dibujitos: caras, lunas, estrellas, triangulitos.

Cuando Augusto está en casa, Somaira le pide ayuda. Él le dice una o dos palabras y luego se fastidia, entonces Somaira comienza a hacer dibujos.

Pero otras veces mi hermano se sienta con ella y los dos terminan de conseguir todas las palabras. Y entonces Somaira nos abraza. Se ríe. Se pone muy feliz y cuando se ducha comienza a cantar.

Somaira es delgada. Somaira tiene el cabello amarillo porque su papá no es mi papá y cuando voy con ella los hombres la miran mucho. Así que yo la agarro muy fuerte de la mano y pongo cara de tío cabreado para que nos dejen en paz.

En la otra ciudad donde vivíamos antes, unos hombres empezaron a decirle cosas a mi hermana Somaira y Augusto peleó con ellos. Se dieron golpes un rato, se empujaron, pero uno de los tipos tenía una navaja y Augusto llegó a casa con la camisa llena de sangre.